



Julio Verne



Diez Horas de Caza

E LEJANDRIA



Julio Verne



Diez Horas de Caza

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DIEZ HORAS DE CAZA

JULIO VERNE

PUBLICADO: 1881
FUENTE: FR.WIKISOURCE.ORG
EDICIÓN: HETZEL, PARIS, 1882
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

DIEZ HORAS DE CAZA

I

Hay gente que no aprecia a los cazadores, y quizá no estén del todo equivocados.

¿Será porque estos caballeros no tienen reparo en matar la caza con sus propias manos, antes de comérsela?

¿O no será más bien porque esos cazadores tienden a contar, demasiado y a menudo fuera de contexto, sus hazañas?

Me inclino por esta última razón.

Hace unos veinte años, me hice culpable del primero de estos males. ¡He cazado! Sí, ¡he cazado!... Así que, como castigo, me haré culpable del segundo, contándoles con detalle mis aventuras de caza.

¡Ojalá este relato, sincero y veraz, desanime para siempre a mis semejantes de lanzarse por los campos, siguiendo a un perro, con el morral en la espalda, el cartucho en la cintura y la escopeta bajo el brazo! Pero no me hago ilusiones, lo confieso. En fin, a todo riesgo, comienzo.

II

Un filósofo caprichoso dijo alguna vez: "Nunca tengas ni casa de campo, ni coche, ni caballos... ¡ni caza! Siempre hay amigos que se encargan de tener todo eso por ti."

Es aplicando este axioma que fui invitado a hacer mis primeras armas en terrenos reservados del departamento de la Somme, sin ser propietario de ellos.

Era a finales de agosto, en 1859, si no me equivoco. Una ordenanza del prefecto acababa de fijar la apertura de la caza para el día siguiente.

En nuestra ciudad de Amiens, donde ni el tendero más humilde ni el artesano más modesto carecen de algún tipo de escopeta con la que recorren las grandes avenidas de los suburbios, — hacía al menos seis semanas que esa fecha solemne se esperaba con impaciencia.

Los deportistas profesionales, aquellos que "creen que ya han llegado", al igual que los tiradores de tercera y cuarta categoría, los habilidosos que matan sin apuntar tanto como los torpes que apuntan sin matar nunca, en fin, los cazadores aficionados, tan "diligentes" como los cazadores de primer nivel, se preparaban para esta apertura, equipándose, aprovisionándose, entrenándose, pensando solo en codornices, hablando solo de liebres, soñando solo con perdices. ¡Esposas, hijos, familia, amigos, todo era olvidado! Política, arte, literatura, agricultura, comercio, todo quedaba relegado ante las preocupaciones de ese gran día en el que los fanáticos de lo que el inmortal Joseph Prudhomme ha calificado como un "divertimiento bárbaro" iban a brillar.

Entre los pocos amigos que tenía en Amiens, uno de ellos era un cazador decidido, pero un tipo encantador, aunque funcionario. Solo

que, si decía sentirse un poco reumático al ir a su oficina, recuperaba curiosamente su agilidad cuando un permiso de ocho días le permitía salir para la apertura.

Ese amigo se llamaba Brétignot.

Unos días antes de la gran fecha, Brétignot vino a verme, yo que no pensaba en nada malo.

"¿Nunca has cazado?", me dijo con ese tono de superioridad que incluye dos partes de benevolencia por ocho de desdén.

— Nunca, Brétignot, —respondí, y ni siquiera tengo intención de...

— Pues bien, ven a la apertura conmigo —respondió Brétignot—. Tenemos doscientos hectáreas reservadas en la comuna de Hérissart, idonde abunda la caza! Tengo derecho a llevar un invitado. Así que te invito y te llevo.

— Es que... —respondí, dudando.

— ¿No tienes escopeta?

— No, Brétignot, nunca he tenido una.

— ¡No importa! Te prestaré una, —una escopeta de pistón, es cierto, ¡pero que a ochenta pasos te voltea una liebre!

— ¡Con la condición de acertarle! —repliqué.

— ¡Naturalmente! Será suficiente para ti.

— ¡Demasiado buena, Brétignot!

— Por ejemplo, no tendrás perro.

— ¡Oh! Innecesario, dado que hay uno en mi escopeta... ¡Sería redundante!"

El amigo Brétignot me miró con una mezcla de incredulidad y paciencia. A este hombre no le gusta que uno haga bromas sobre la caza. ¡Es algo sagrado!

Sin embargo, su ceño se relajó.

— Entonces, ¿vendrás? —preguntó.

— ¡Si insistes!... —respondí, sin entusiasmo.

— ¡Claro que sí!... Hay que ver eso, al menos una vez en la vida. Partiremos el sábado por la noche. Cuento contigo.

Y así fue como me embarqué en esta aventura, cuyo funesto recuerdo aún me persigue.

Debo admitir, sin embargo, que los preparativos no me inquietaron. No perdí ni una hora de sueño. Y, sin embargo, para ser sincero, el demonio de la curiosidad me picaba un poco. ¿Era realmente tan interesante una apertura de caza? En cualquier caso, me prometía, si no actuar, al menos observar con curiosidad a los cazadores tanto como a la caza. Si consentía en llevar un arma, era para no parecer demasiado triste en medio de estos Nimbros cuyos grandes logros el amigo Brétignot me invitaba a admirar.

Debo decir, sin embargo, que si Brétignot me prestaba una escopeta, una polvera y una bolsa de plomo, no se había mencionado el morral. Así que tuve que comprar uno, un implemento del cual la mayoría de los cazadores bien podrían prescindir. Busqué uno de segunda mano. Imposible. Hubo un aumento en el precio de los morrales. Todo estaba agotado. Tuve que comprar uno nuevo, pero con la condición expresa de que me lo recompraran — a la mitad de su precio — si no se estrenaba.

El comerciante me miró, sonrió, aceptó.

Esa sonrisa no me pareció un buen augurio.

"Después de todo, pensé, ¿quién sabe?"

¡Oh, vanidad!

III

En el día acordado, la víspera de la apertura, a las seis de la tarde, estaba en el lugar de encuentro que me había indicado Brétignot en la plaza Périgord. Allí subí, siendo el octavo pasajero, sin contar los perros, en la rotonda de la diligencia.

Brétignot y sus compañeros de caza —yo aún no me atrevía a incluirme entre ellos— estaban espléndidos con el equipo tradicional. Tipos excelentes, curiosos de observar: unos serios ante la espera del día siguiente, otros alegres, locuaces, ya arrasando con palabras todas las reservas de la comuna de Hérissart.

Había allí una media docena de los cazadores más distinguidos de la capital picarda. Apenas los conocía, así que el amigo Brétignot tuvo que presentarme formalmente.

Primero fue a Maximon, un hombre alto y delgado, el más dulce en las condiciones ordinarias de la vida, pero feroz en cuanto tenía una escopeta bajo el brazo; uno de esos cazadores de los que se dice que matarían a uno de sus compañeros antes que regresar con las manos vacías. Maximon no hablaba: estaba absorto en sus altos pensamientos.

Junto a este personaje importante se encontraba Duvauchelle. ¡Qué contraste! Duvauchelle, corpulento, bajo, entre cincuenta y cinco y sesenta años; sordo al punto de no oír el disparo de su arma, pero que reclamaba con más furia todos los disparos dudosos. De hecho, ya le habían hecho disparar más de una vez a una liebre muerta con una escopeta descargada, una de esas bromas de cazadores que alegran durante seis meses las charlas de los círculos o mesas comunes.

Tuve que soportar también el enérgico apretón de manos de Matifat, gran contador de hazañas cinegéticas. Nunca hablaba de

otra cosa. ¡Y qué interjecciones! ¡Qué onomatopeyas! ¡El grito de la perdiz, el ladrido del perro, el estallido de la escopeta! ¡Pan! ¡Pan! ¡Pan! —¡Tres “pan” para una escopeta de dos tiros!— Luego, ¡qué gestos! La mano con movimientos zigzagueantes para imitar el vuelo del animal, las piernas doblándose, la espalda arqueándose para asegurar el tiro, el brazo izquierdo extendido mientras el derecho se retrae al pecho para simular el encare del arma. ¡Caían sin fin las bestias de pelo y pluma! ¡Cuántas liebres disparadas al vuelo! ¡No fallaba una! — Casi fui herido en mi rincón por uno de estos gestos.

Pero lo que había que oír era a Matifat conversando con su amigo Pontcloué, con las manos ocupadas, —lo que no impedía que se lanzaran reproches por cualquier invasión en las reservas del otro.

“¡Los conejos que maté el año pasado! —decía Matifat mientras la diligencia sacudida rodaba hacia Hérissart—. Sí, lo que maté no podría calcularse con números.

— ¡Bah! ¡Igual que yo! —pensaba yo.

— ¡Y yo, Matifat! —respondía Pontcloué—. ¿Te acuerdas la última vez que fuimos a cazar en Argœuves? ¡Esos perdices!

— ¡Todavía veo al primero que tuvo la suerte de atravesar mi carga de plomo!

— ¡Y yo al segundo, cuyas plumas volaron tanto que no debió quedar más que la piel y los huesos!

— ¡Y aquel que mi perro jamás pudo encontrar en el surco donde cayó!

— ¡Y aquel al que disparé a más de cien pasos, bien seguro de haberlo tocado!

— ¡Y aquel otro que de mis dos tiros... ¡pan! ¡pan! ¡pan! lo tumbé en la alfalfa, pero del cual mi perro lamentablemente solo hizo un bocado!

— ¡Y aquel grupo que se levantó justo cuando recargaba mi escopeta! ¡Brrr! ¡Brrr! ¡Ah! ¡Qué caza, amigos, qué caza!”

Contando para mis adentros, me había dado cuenta de que de todas las perdices de Pontcloué y Matifat, ni una había llegado a su morral. Pero no me atreví a decir nada, porque soy naturalmente tímido con la gente que sabe más que yo. Y, sin embargo, si solo se trataba de fallar la presa, ¡pardiez! ¡también podría haberlo hecho tan bien como ellos!

En cuanto a los otros cazadores, he olvidado sus nombres; pero, si no me equivoco, uno de ellos era conocido con el apodo de Baccara, porque en la caza “disparaba siempre y nunca derribaba nada”.

En verdad, ¿quién sabe si no merecería yo ese apodo? ¡Vamos! La ambición me ganaba. Tenía prisa por que llegara el día siguiente.

IV

Llegó, ese día siguiente. ¡Pero qué noche en esa posada de Hérissart! ¡Una sola habitación para ocho! Camastros en los que se podría realizar una caza más fructífera que en los terrenos reservados de la comuna. Odiosos parásitos, compartidos fraternalmente con los perros, acostados junto a las camas, y rascándose hasta hacer temblar el suelo.

Y yo, que había pedido ingenuamente a nuestra anfitriona, una anciana picarda de cabellos rebeldes, si no había pulgas en su dormitorio.

“¡Oh no! —me había respondido—. ¡Las chinches se las comerían!”

Con eso, me decidí a dormir, completamente vestido, en una silla tambaleante, que crujía a cada movimiento. Así que me sentía

molido cuando amaneció.

Naturalmente, fui el primero en levantarme. Brétignot, Matifat, Pontcloué, Duvauchelle y sus compañeros aún roncaban. Tenía prisa por estar en el campo, como esos cazadores inexpertos que quieren partir al amanecer, incluso antes de haber comido. Pero los maestros del arte, —a quienes desperté respetuosamente uno tras otro,— calmaron mis impaciencias de novato. Sabían, astutos, que al amanecer la perdiz, con las alas aún húmedas de rocío, es muy difícil de acercar, y que, si vuela, no se decide fácilmente a volver a los matorrales.

Hubo que esperar a que todas las lágrimas de la aurora fueran bebidas por el sol.

Finalmente, tras un desayuno frugal, seguido del inevitable trago matutino, dejamos la posada, rascándonos las articulaciones; luego nos dirigimos hacia la llanura, donde comenzaban los terrenos reservados.

Al llegar a la linde, Brétignot, apartándome, me dijo:

“¡Sujeta bien tu escopeta, oblicuamente, con el cañón hacia el suelo, y trata de no matar a nadie!

— Haré lo mejor que pueda —respondí sin querer comprometerme—, pero en igualdad de condiciones, ¿no es cierto?”

Brétignot se encogió de hombros con desdén, y comenzamos la caza, —caza libre,— cada uno a su antojo.

Es un lugar bastante desolado, ese Hérissart, cuya perfecta desnudez no justifica su nombre. Pero parece que, si no es tan abundante en caza como Mont-sous-Vaudrey, los “fortines” estaban bien surtidos, que “había liebres” decía Matifat, y que se habían visto allí “más de doce docenas” añadía Pontcloué.

Con la perspectiva de tan buenos tiros por realizar, todos estaban de buen humor.

Comenzamos a avanzar. Un tiempo espléndido. Unas flechas de sol atravesaban las neblinas matutinas, que se agrupaban en el horizonte. Gritos, píidos, cacareos por todas partes. Había algunos pájaros que, elevándose del surco, subían derechos al cielo, como helicópteros cuyo resorte se suelta de repente.

Más de una vez, incapaz de contenerme, levanté rápidamente mi escopeta.

“¡No dispaes! ¡No dispaes! —me gritaba el amigo Brétignot, quien me observaba, sin aparentarlo.

— ¿Por qué? ¿No son codornices?

— ¡No! ¡Alondras! ¡No dispaes!”

De más está decir que Maximon, Duvauchelle, Pontcloué, Matifat y los otros me habían lanzado más de una mirada de reojo. Luego, se habían alejado prudentemente con sus perros, que, con el hocico bajo, buscaban al trote en los alfalfares, los esparcetas, los tréboles, y cuyas colas, enhiestas, se movían como signos de interrogación, a los cuales no habría sabido cómo responder.

Tuve la impresión de que estos señores no querían quedarse en la zona peligrosa de un novato, cuyo manejo de la escopeta inquietaba un poco a sus espinillas.

“¡Santo cielo! ¡Sujeta bien tu escopeta! —me repitió Brétignot mientras se alejaba.

— ¡Eh! ¡No la sostengo peor que cualquiera! —respondí, algo molesto por tanta recomendación.

Por segunda vez, Brétignot se encogió de hombros y giró a la izquierda. Como no me parecía adecuado quedarme atrás, aceleré el paso.

V

Había alcanzado a mis compañeros, pero, para no alarmarlos más, llevaba mi escopeta al hombro, con la culata hacia arriba.

¡Qué magníficos eran esos cazadores de profesión, con su atuendo de caza: chaqueta blanca, amplios pantalones de pana con bordes, gruesos zapatos con clavos cuya suela sobresalía sobre el empeine, polainas de lona cubriendo las medias de lana, mucho más cómodas que las de hilo o algodón, que no tardan en causar rozaduras, como pronto descubriría! Yo estaba lejos de verme tan elegante con mi equipo de ocasión; pero no se puede esperar de un principiante que posea el guardarropa de un actor veterano.

En cuanto a la caza, no veía nada. Sin embargo, por lo que decían mis compañeros, en esta reserva había gran cantidad de codornices, perdices, rascones de retama, y también esas liebres de enero que mis compañeros llamaban "tres cuartos" y de las que hablaban con la boca llena, además de lebratos y hembras preñadas, así que tenía que creerles.

"Y además —me había dicho el amigo Brétignot—, evita disparar a las hembras preñadas. ¡Es indigno de un cazador!"

Preñadas o no, idiablos!, como si yo pudiera notar la diferencia, yo que todavía tengo problemas para distinguir un conejo de un gato callejero, incluso en una cazuela.

Finalmente, Brétignot, quien estaba especialmente empeñado en que le hiciera honor, añadió:

"Una última recomendación, que puede ser importante si logras dispararle a una liebre.

— Si es que pasa alguna —comenté con tono sarcástico.

— Pasaré —respondió Brétignot fríamente—. Bueno, recuerda que, gracias a su constitución, una liebre corre más rápido cuesta arriba que cuesta abajo. Eso debe tenerse en cuenta al apuntar.

— ¡Qué bien hiciste en advertirme, amigo Brétignot! —respondí—. Esta observación no se perderá, y te prometo que sacaré provecho de ella."

Y, en el fondo, pensaba que, incluso cuesta abajo, era probable que la liebre corriera demasiado rápido para que mi plomo asesino pudiera detenerla.

"¡A cazar, a cazar! —gritó entonces Maximon—. ¡No estamos aquí para enseñar a principiantes a tomar biberones!"

¡Qué hombre tan terrible! Pero no me atreví a responder.

Frente a nuestros pasos, hasta donde alcanzaba la vista, a la derecha y a la izquierda, se extendía una vasta llanura. Los perros habían tomado la delantera. Sus dueños se habían dispersado. Yo hacía todo lo posible por no perderlos de vista. En efecto, una idea me inquietaba: era que mis compañeros, naturalmente bromistas, tuvieran el deseo de hacerme alguna jugarreta aprovechando mi inexperiencia.

Involuntariamente, recordaba aquella historia graciosa de un novato a quien sus amigos le hicieron disparar a un conejo de cartón que, sentado sobre sus patas traseras en un matorral, golpeaba irónicamente un tambor! Yo habría muerto de vergüenza después de semejante engaño.

Mientras tanto, vagábamos un poco a la aventura, cruzando rastrojos, siguiendo a los perros, con la intención de alcanzar una línea de árboles que se perfilaba a tres o cuatro kilómetros, y cuya cresta estaba bordeada de pequeños árboles.

Hiciera lo que hiciera, esos marchadores, acostumbrados al suelo difícil de los pantanos y tierras labradas, iban siempre más rápido que yo, tanto que pronto me quedé atrás. Incluso Brétignot, que al principio había reducido su paso para no dejarme abandonado a mi

triste suerte, había vuelto a acelerar, deseoso de tener su parte de los primeros disparos. No te culpo, amigo Brétignot; tu instinto, más fuerte que tu amistad, te arrastraba irremediabilmente! Y pronto, de mis compañeros, solo vi sus cabezas, como una fila de picas, sobresaliendo sobre los arbustos.

Sea como sea, dos horas después de haber dejado la posada de Hérissart, aún no había oído una sola detonación, no, ni una sola. ¡Cuánta mala humor, cuántas quejas y maldiciones se avecinaban si, al regresar, los morrales seguían tan planos como al salir!

Pues bien, ¿quién lo creería? ¡A mí me tocó la suerte de disparar el primer tiro! En qué circunstancias, tengo la vergüenza de decirlo.

¿Lo confesaré? Mi escopeta aún no estaba cargada. ¿Imprevisión de novato? No, cuestión de amor propio. Como temía demostrar torpeza en esta operación, había decidido esperar a estar solo para hacerlo.

Así que, sin testigos, abrí mi frasco de pólvora, vertí en el cañón izquierdo una carga que mantuve con un simple tapón de papel; luego, encima, introduje una buena medida de plomo —más bien de sobra que de menos. ¡Quién sabe! ¡Un plomo más, y quizás no volviese con las manos vacías! Después, apisoné, apisoné hasta casi romper la culata, y finalmente, ¡oh imprudencia! coloqué la cápsula en la chimenea del cañón recién cargado.

Luego, la misma operación para el cañón derecho. Pero, mientras apisonaba, ¡qué detonación! ¡Se disparó el tiro!... ¡Toda la primera carga me rozó la cara! Había olvidado bajar el percutor del cañón izquierdo sobre la cápsula, ¡y una sacudida fue suficiente para hacer que cayera!

¡Advertencia para novatos! Podría haber inaugurado la temporada de caza en el departamento de la Somme con un trágico accidente. ¡Qué noticia para los periódicos locales!

Y, sin embargo, si, en el momento en que este tiro se disparó por accidente, si —sí, se me ocurrió la idea— si en la dirección de la

carga hubiera pasado alguna pieza de caza, isin duda la habría abatido! ¡Quizás era una oportunidad que no volvería a tener!

VI

Mientras tanto, Brétignot y sus compañeros habían alcanzado la línea de árboles. Allí, detenidos, discutían qué hacer para contrarrestar la mala suerte. Me acerqué a ellos, tras haber recargado mi escopeta, con mucha precaución esta vez.

Fue Maximon quien me dirigió la palabra, pero con un tono altivo, como correspondía a un maestro.

"¿Has disparado?" me preguntó.

— ¡Sí!... es decir... isí!... disparé...

— ¿A una perdiz?

— ¿A una perdiz?

Por nada del mundo habría confesado mi torpeza ante ese grupo.

"¿Y dónde está esa perdiz? —preguntó Maximon, tocando mi morral vacío con la punta de su escopeta.

— ¡Perdida! —respondí con descaro—. ¿Qué quieres? ¡No tenía perro! Ah, si hubiera tenido un perro..."

¡Vamos, vamos! Con tal aplomo, iuno no puede evitar convertirse en un verdadero cazador!

De repente, el interrogatorio al que estaba siendo sometido fue bruscamente interrumpido. El perro de Pontcloué acababa de hacer

levantar una codorniz, a menos de diez pasos. Instintivamente, como por reflejo, apunté... ¡y pan!, como diría Matifat.

Qué bofetada recibí por haber apuntado mal —una de esas bofetadas, claro, de las que no se puede pedir cuentas a nadie. Pero mi disparo fue seguido al instante por otro, el de Pontcloué.

La codorniz cayó, agujereada, y el perro se la llevó a su dueño, quien la colocó en su morral.

Ni siquiera tuvieron la amabilidad de pensar que yo podría haber contribuido a este "masacre". Pero no dije nada, no me atreví a decir nada. Ya se sabe que soy naturalmente tímido con la gente que sabe más que yo.

A decir verdad, ese primer éxito había despertado el apetito de estos ávidos cazadores. ¡Piensen! Después de tres horas de caza, una codorniz para siete cazadores. ¡No! No era posible que, en ese rico terreno de Hérissart, no hubiera al menos otra más, y si lograban matarla, eso casi equivaldría a un tercio de codorniz por cazador.

Superada la línea de árboles, nos encontramos de nuevo sobre el deplorable suelo de las tierras labradas. Personalmente, esos surcos que obligan a dar pasos cansados, esos terrones entre los cuales el pie se tambalea, no me sientan bien, y prefiero de lejos el asfalto de los bulevares.

Nuestro grupo, con su jauría, avanzó durante dos horas así, sin ver nada. Los ceños se fruncían ya. Una especie de irascibilidad salvaje se manifestaba por cualquier cosa: un tocón con el que tropezaban, un perro que se cruzaba en el camino de otro. En resumen, indicios inequívocos de un mal humor general.

Finalmente, un vuelo de perdices apareció a cuarenta pasos, sobre un campo de remolachas. No me atrevería a afirmar que pudiera llamarse una bandada, o era una bandada reducida al mínimo.

En efecto, solo consistía en dos perdices.

No importaba. Disparé hacia el grupo, y, nuevamente, mi disparo fue seguido inmediatamente por otros dos. Pontcloué y Matifat finalmente hicieron sonar la pólvora al mismo tiempo.

Una de esas pobres aves cayó. La otra voló con más fuerza, y se posó a un kilómetro de distancia, detrás de una fuerte ondulación del terreno.

¡Ah! Desafortunada perdiz, ¡de qué disputa fuiste causa! ¡Qué discusión entre Matifat y Pontcloué! Cada uno se atribuía el tiro. ¡Cuántas réplicas agrias! ¡Qué indirectas insultantes! ¡Qué alusiones lamentables! Y los calificativos: ¡Acaparador!... ¡Todo para él!... ¡Al diablo con la gente sin vergüenza!... Esa sería la última vez que cazarían juntos... Y otras amabilidades de corte más picardo, que mi pluma se niega a transcribir.

La verdad es que los dos tiros de estos señores se habían disparado al mismo tiempo.

Hubo un tercer disparo, que precedió a los otros dos. Pero, —esto ni siquiera era discutible— ¿era posible que esa perdiz hubiera sido derribada por mí? ¡Imaginen! ¡Un principiante!

Así que, en la disputa entre Pontcloué y Matifat, no creí necesario intervenir, ni siquiera con la generosa intención de reconciliarlos. Y, si no reclamé, es porque soy naturalmente tímido... Ya conocen el resto de la frase.

VII

Finalmente, para la mayor satisfacción de nuestros estómagos, llegó el mediodía. Nos detuvimos al pie de un terraplén, a la sombra de un viejo olmo. Las escopetas y los morrales, bien vacíos, ¡ay!, fueron dejados a un lado. Luego, almorzamos para recuperar un poco de las fuerzas tan inútilmente gastadas desde la salida.

En suma, ¡un almuerzo triste! ¡Tantas quejas como bocados! ¡Horrible país!... ¡Una caza bien custodiada! ¡Los cazadores furtivos la devastaban!... ¡Deberían colgar a uno en cada árbol, con un cartel en el pecho!... ¡La caza se estaba volviendo imposible!... ¡En dos años no quedaría ni una pieza de caza!... ¿Por qué no prohibirla durante un tiempo?... ¡Sí!... ¡No!... En fin, toda la letanía de los cazadores que no han matado nada desde el amanecer.

Luego, la disputa volvió a empezar entre Pontcloué y Matifat, sobre la perdiz "compartida" en controversia. Los otros se unieron... Creí que llegarían a los golpes.

Finalmente, una hora después, todos volvieron a ponerse en marcha, — bien alimentados y bien "refrescados", como se dice aquí. Quizás, antes de la cena, tendrían más suerte. ¿Qué cazador verdadero no conserva un poco de esperanza hasta el momento en que escucha el "recuerdo" de las perdices, buscando reunirse para pasar la noche en familia?

Nos pusimos en marcha nuevamente. Los perros, casi tan gruñones como nosotros, tomaron la delantera. Sus amos gritaban tras ellos, con esas entonaciones terribles que recuerdan las órdenes de la marina inglesa.

Yo los seguía con un paso indeciso. Comenzaba a sentirme agotado. Mi morral, tan vacío como estaba, me pesaba en las caderas. Mi escopeta, de un peso increíble, me hacía lamentar no haber traído mi bastón. La polvera, la bolsa de perdigones, con gusto habría confiado todos esos objetos incómodos a uno de los pequeños campesinos que me seguían con aire burlón, preguntándome cuántos había matado de "esos de cuatro patas". Pero no me atreví, por amor propio.

Dos horas, dos horas mortales pasaron. Llevábamos unos quince kilómetros en las piernas. Lo que me parecía evidente era que, de toda esta excursión, me llevaría más una buena fatiga que media docena de codornices.

De repente, ¡qué revuelo se escuchó y me desconcertó! Esta vez, era realmente una bandada de perdices, que se alzaba sobre un matorral. ¡Fusilamiento general! ¡Fuego a discreción! Al menos quince disparos, incluyendo el mío.

¡Un grito se oyó a través del humo! Miro...

En ese momento, apareció un rostro por encima del matorral.

Era un campesino, con la mejilla derecha hinchada como si tuviera una nuez en la boca.

"¡Vaya, un accidente!" exclamó Brétignot.

— "¡Solo faltaba esto!" —respondió Duvauchelle.

Eso fue todo lo que les inspiró este "delito de lesiones involuntarias", como diría el Código. Y estos individuos, carentes de compasión, corrieron hacia sus perros, que traían dos perdices, solo heridas, y las remataron con la suela de sus botas. ¡Ojalá alguien les hiciera lo mismo, si alguna vez necesitan ser rematados!

Y, mientras tanto, el lugareño seguía allí, con su mejilla hinchada, sin poder hablar.

Pero Brétignot y sus compañeros volvieron sobre sus pasos.

— "Bueno, este buen hombre, ¿qué le pasa?" preguntó Maximon en tono protector.

— "¡Pues tiene un perdigón en la mejilla!" respondí.

— "¡Bah! ¡No es nada!" replicó Duvauchelle.

— "¡Sí!... ¡sí!" hizo el campesino, que creyó oportuno subrayar la importancia de su herida con una horrible mueca.

— "¿Pero quién fue tan torpe como para dañar a este pobre diablo?" preguntó Brétignot, cuyo interrogador mirada se detuvo

finalmente en mí.

— "¿No disparaste?" me dijo Maximon.

— "¡Sí! Disparé... ¡como todos!"

— "Bueno, la cuestión está decidida," exclamó Duvauchelle.

— "¡Eres tan torpe cazador como Napoleón I!" intervino Pontcloué, que odiaba el imperio.

— "¡Yo! ¡yo!" exclamé.

— "¡No puede ser otro que tú!" me dijo severamente Brétignot.

— "Decididamente, este señor es un hombre peligroso," añadió Matifat.

— "Y cuando uno es tan novato," agregó Pontcloué, "¡rechaza las invitaciones, vengan de donde vengan!"

Y con eso, los tres se alejaron.

Lo entendí. Me dejaron el herido a mí.

Cumplí. Saqué mi bolsa y le ofrecí diez francos a ese buen campesino, cuya mejilla derecha se desinfló instantáneamente. Sin duda, se había tragado su nuez.

— "¿Mejor?" le dije.

— "Oh, sí... ¡esto me compensa!" respondió, inflando ahora la mejilla izquierda.

— "¡Ah, no!" dije, "¡no! ¡Ya basta con una mejilla por esta vez!"

Y me fui.

VIII

Mientras yo lidiaba con ese astuto picardo, los otros me llevaban la delantera. Además, me habían dejado muy claro que no era seguro estar cerca de alguien tan torpe como yo, de quien la prudencia más elemental recomendaba alejarse.

El propio Brétignot, severo pero injusto, me abandonaba, como si fuera un jettatore, dotado de mal de ojo. Todos desaparecieron pronto detrás de un pequeño bosque, a la izquierda. A decir verdad, no me molestó en absoluto. ¡Al menos solo sería responsable de mis propios actos!

Así que estaba solo, solo en medio de esa interminable llanura. ¡¿Qué había venido a hacer aquí, Dios mío?! ¡Con todo este equipo sobre mis hombros! ¡Ni una sola perdiz que tentara mi disparo! ¡Ni una "liebre", como dicen los campesinos picardos, de la que pudiera seguir el rastro, un término de la jerga de los cazadores! ¡En lugar de estar tranquilamente en mi escritorio, leyendo, escribiendo o incluso sin hacer nada!

Vagaba sin rumbo. Tomaba los caminos marcados, en lugar de las tierras labradas. Me sentaba durante diez minutos. Caminaba durante veinte. Ninguna casa en un radio de cinco kilómetros. Ni un campanario asomando en el horizonte. Era el desierto. De vez en cuando, un poste amenazaba a los intrusos con esa engañosa inscripción: "Caza reservada."

¿Reservada? Seguro que no para la caza, ya que no había ni rastro de ella.

Finalmente, continuaba avanzando, soñando, filosofando, con la escopeta al hombro, arrastrando los pies. Para mi gusto, el sol no descendía lo suficientemente rápido en el horizonte. ¿Sería que un nuevo Josué, suspendiendo las leyes de la cosmografía, lo había

detenido en su curso diurno para el mayor placer de mis compañeros entusiastas? ¿No iba a caer la noche sobre este lamentable día de apertura?

IX

Pero todo tiene un límite, — incluso las áreas de caza reservada. Apareció un bosque, que bloqueaba la llanura. Un kilómetro más, y lo habría alcanzado.

Seguí caminando, sin apresurarme. Crucé el kilómetro y llegué al borde del bosque.

A lo lejos, muy lejos, se oían detonaciones, como los fuegos artificiales de un 14 de julio.

«¡Cuánto deben estar masacrando!» pensé. «¡Con certeza no dejarán nada para el próximo año!»

Entonces, —así somos los humanos,— me vino la idea de que quizás tendría más suerte en el bosque que en la llanura. En las copas de los árboles, siempre habría algún gorrión inocente que los mejores restaurantes te sirven, elegantemente ensartado, bajo el nombre de “mauviette”.

Me dirigí entonces a los senderos que desembocaban en la carretera principal.

En verdad, el demonio de la caza había vuelto a apoderarse de este servidor! Sí, ya no llevaba mi escopeta al hombro; la había cargado cuidadosamente, la había montado... Miraba ansiosamente a derecha e izquierda.

¡Nada! Sin duda, los gorriones desconfiaban de los restaurantes parisinos y se mantenían ocultos. Una o dos veces apunté... No era más que el movimiento de las hojas en los árboles, y, decididamente, ¡no podía permitirme disparar a las hojas!

Eran las cinco. Sabía que en cuarenta minutos estaría de regreso en la posada, donde íbamos a cenar antes de tomar la diligencia que, con bestias y personas, vivos y muertos, debía llevarnos a Amiens.

Seguí entonces el sendero principal, cuyo trazado oblicuo se dirigía hacia Hérissart, siempre con el ojo atento.

De repente, me detuve... ¡El corazón me latía un poco más rápido!

Bajo un matorral, a cincuenta pasos, entre las zarzas y arbustos, había sin duda algo.

Era oscuro, con un borde plateado y una punta roja brillante, como una pupila ardiente, ¡que me miraba!

Con toda seguridad, era una pieza de caza, de pelo o de pluma, — no habría sabido decir cuál,— que se había refugiado en ese lugar. Dudaba entre una liebre, un “tres cuartos” al menos, o una gallina faisán. ¡Eh! ¿por qué no? Eso me elevaría considerablemente en la estima de mis compañeros si regresaba con el morral lleno de un faisán.

Me acerqué con cautela, la escopeta lista para apuntar. Contuve la respiración. Estaba emocionado, ¡sí! tan emocionado como Duvauchelle, Maximon y Brétignot juntos.

Finalmente, cuando estuve a una buena distancia, —unos veinte pasos,— me arrodillé para asegurar el disparo, el ojo derecho bien abierto, el ojo izquierdo bien cerrado, la mira bien alineada... apunté y disparé.

«¡Dado!», exclamé fuera de mí. «¡Y esta vez no me disputarán mi disparo!»

En efecto, con mis propios ojos, ¡sí! había visto volar plumas... o más bien pelos.

Faltando un perro, corrí hacia el matorral y me lancé sobre la presa inmóvil, que ya no daba señales de vida. La recogí...

¡Era un sombrero de gendarme, todo bordeado de plata, con una escarapela cuyo rojo parecía mirarme como un ojo! Afortunadamente, no estaba en la cabeza de su dueño en el momento en que disparé.

X

En ese instante, un largo cuerpo, acostado en la hierba, se levantó.

Reconocí con terror el pantalón azul con franja negra, la chaqueta oscura con botones de plata, el cinturón y la bandolera amarillos de un gendarme, al que mi desafortunado disparo acababa de despertar.

«¿Así que ahora disparas a los sombreros de gendarme?» me dijo con ese acento característico de la institución.

— «Gendarme, le aseguro...», respondí balbuceando.

— «¡Y hasta le has acertado en plena escarapela!»

— «Gendarme... creí... que era una liebre... ¡Un error!... Además, ofrezco pagar...

— ¡Vaya!... Los sombreros de gendarme son caros... especialmente si se les dispara sin permiso.»

Me puse pálido. Toda la sangre me subió al corazón. Ese era el punto delicado.

— «¿Tienes permiso?» me preguntó el gendarme.

— ¿Permiso?...

— ¡Sí! ¡Un permiso! ¿Sabes lo que es un permiso?»

Pues bien, no. No tenía permiso. Para un solo día de caza, había creído poder prescindir de él. Pero creí necesario afirmar lo que siempre se afirma en tales circunstancias: que había olvidado mi permiso.

Una sonrisa de incredulidad superior y distinguida se esbozó en el rostro del representante de la ley.

— «Tengo que levantar un acta», me dijo, con el tono suavizado de alguien que vislumbra una gratificación.

— ¿Por qué? Mañana mismo le enviaré el permiso, buen gendarme, y...

— Sí, ya sé —respondió el gendarme—, pero tengo que levantar un acta.»

— «Pues entonces, levántela, ya que es insensible a la súplica de un principiante.»

Un gendarme sensible dejaría de ser un gendarme. Este sacó un cuaderno envuelto en un pergamino amarillento.

— «¿Su nombre?...», me preguntó.

No ignoraba que en estas graves circunstancias suele darse el nombre de un amigo. De haber tenido el honor de pertenecer a la Academia de Amiens, quizás no habría dudado en dar el nombre de uno de mis colegas. Pero me contenté con dar el nombre de un viejo camarada de París, un pianista de gran talento. El buen hombre, sin duda absorto en el ejercicio del cuarto dedo en ese momento, no podía imaginar que se estaba levantando un acta en su nombre por un delito de caza. El gendarme tomó cuidadosamente el nombre de esta víctima, su profesión, su edad, su dirección. Luego, me pidió

cortésmente que le entregara mi escopeta, —lo cual me apresuré a hacer. Era una carga menos.

Le pedí incluso que incluyera el morral, la bolsa de plomo y la polvera en el conjunto de la confiscación; pero se negó con un desinterés que lamenté.

Quedaba la cuestión del sombrero. Se resolvió de inmediato por el precio de una moneda de oro, con la satisfacción de ambas partes contratantes.

— «¡Es una pena!», dije. «¡Ese sombrero estaba bien conservado!»

— «Un sombrero casi nuevo», respondió el gendarme. «Lo compré hace seis años a un brigadier que se jubilaba.»

Y, tras ponérselo en la cabeza con un gesto reglamentario, el majestuoso gendarme, balanceándose sobre la cadera, se fue en su dirección, y yo en la mía.

Una hora después, había llegado a la posada, disimulando lo mejor posible la desaparición de la escopeta confiscada, y no mencioné nada sobre mi desafortunada experiencia.

Digamos que mis compañeros traían de su expedición una codorniz y dos perdices para siete. En cuanto a Pontcloué y Matifat, estaban enemistados desde su disputa, y se habían intercambiado puñetazos entre Maximon y Duvauchelle, a causa de una liebre que seguía corriendo.

XI

Tal es la serie de emociones por las que pasé en ese día memorable. Quizás había matado una codorniz, quizás una perdiz, quizás herido a un campesino, pero con certeza había agujereado un sombrero de gendarme. ¡Sin permiso, me habían levantado un acta a nombre de otro!

¡Había engañado a la autoridad! ¿Qué más podría sucederle a un cazador principiante, en sus inicios en la carrera de los Anderson y los Pertuiset? No hace falta decir que mi amigo el pianista debió de sorprenderse bastante cuando recibió una citación para comparecer ante el tribunal correccional de Doullens. Supe, más tarde, que no le fue posible probar una coartada. En consecuencia, fue condenado a dieciséis francos de multa, más las costas, que ascendían a la misma cantidad.

Me apresuro a añadir que, algún tiempo después, recibió por correo, bajo la rúbrica «Devolución», un giro de treinta y dos francos que le compensaba sus gastos. Nunca supo de quién provenía, pero la mancha en su expediente no se la quitó, y ahora tiene antecedentes penales.

XII

No me gustan los cazadores, como ya dije al principio, sobre todo porque cuentan sus aventuras de caza. Ahora, acabo de contar las mías. Por favor, perdónenme. No volverá a ocurrir.

Esta expedición fue a la vez la primera y la última del autor, pero guarda un recuerdo que se asemeja al rencor. Por eso, cada vez que

se encuentra con un cazador, siguiendo a su perro, con la escopeta bajo el brazo,

nunca deja de desearle buena caza: se dice que "eso trae mala suerte."

****FIN DE DIEZ HORAS DE CAZA****

1. [Diez horas de caza - Julio Verne](#)
2. [I](#)
3. [II](#)
4. [III](#)
5. [IV](#)
6. [V](#)
7. [VI](#)
8. [VII](#)
9. [VIII](#)
10. [IX](#)
11. [X](#)
12. [XI](#)
13. [XII](#)

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**